

LECCIONES

Y

ENSAYOS

LA EDAD DE PLATA DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Enrique SAN MIGUEL PÉREZ
Universidad Rey Juan Carlos
✉ enrique.sanmiguel@urjc.es

Recibido: Febrero de 2006

Aprobado: Mayo de 2006

Resumen: El período histórico que, sobre todo en Europa, se inicia con la finalización de la II Guerra Mundial puede con toda justicia denominarse la Era de la Democracia Cristiana: los democristianos acceden a las tareas de gobierno en todos los Estados democráticos del continente, con la sola excepción de Gran Bretaña. El ideario democristiano se formó y se consolidó sobre la conciencia del carácter permanente del incruento combate democrático, y de la permanente necesidad de actualización y renovación del civilizador mensaje intemporal del Estado de Derecho. El autor brinda un amplio panorama del desempeño de la Democracia Cristiana durante este período, que finaliza en 1969 cuando por primera vez en dos decenios la DC abandona las tareas de gobierno en la República Federal de Alemania.

Palabras clave: Democracia Cristiana. Humanismo. Cultura. Posguerra. Europa.

Abstract: The historical period that, mostly in Europe, is initiated with the ending of the II World War, can perfectly be called, with justice, the Era of Christian Democracy: the Christian democrats gain positions in government tasks in all the democratic States of the continent, with the exception of Great Britain. The Christian-democratic ideology was formed and consolidated on the conscience of the permanent character of the bloodless democratic battle, and on the permanent need of updating and renewing of the civilizing timeless message of Rule of Law. The author offers an extensive panorama of the performance of the Christian Democracy during this period that finalizes in 1969 when, for the first time in two decades, the DC abandons the tasks of government in the Federal Republic of Germany.

Key-words: Christian Democracy. Humanism. Culture. Postwar. Europe.

En 1991, y con motivo del centenario de la *Rerum Novarum*, el Papa Juan Pablo II publicó una nueva carta encíclica de contenido social, la *Centesimus Annus*, en donde procedió a realizar no sólo un examen de la perdurable actualidad de la Doctrina Social de la Iglesia, sino que aportó un muy personal balance histórico de la Europa de la posguerra. Ese balance constituye una extraordinaria síntesis de los grandes logros de las restablecidas democracias que, a partir de 1945, emprendieron la aventura de reconstruir el Estado de Derecho:

En algunos países y bajo ciertos aspectos, después de las destrucciones de la guerra, se asiste a un esfuerzo positivo por reconstruir una sociedad democrática inspirada en la justicia social, que priva al comunismo de su potencial revolucionario, constituido por muchedumbres explotadas y oprimidas. Estas iniciativas tratan, en general, de mantener los mecanismos de libre mercado, asegurando, mediante la estabilidad monetaria y la seguridad de las relaciones sociales, las condiciones para un crecimiento económico estable y sano... Al mismo tiempo, se trata de evitar que los mecanismos de mercado sean el único punto de referencia de la vida social y tienden a someterlos a un control público que haga valer el principio del destino común de los bienes de la tierra. Una cierta abundancia de ofertas de trabajo, un sólido sistema de seguridad social y de capacitación profesional, la libertad de asociación y la acción incisiva del sindicato, la previsión social en caso de desempleo, los instrumentos de participación democrática en la vida social, dentro de este contexto deberían preservar el trabajo de la condición de “mercancía” y garantizar la posibilidad de realizarlo dignamente (Juan Pablo II 1991:28-29).

Juan Pablo II enumeraba un conjunto de tareas verdaderamente gigantesco. Pero no desde el voluntarismo o el deber ser. Porque existía, existe aún, una memoria inequívoca de un tiempo en el que la actividad política mostró en toda su grandeza la interminable aventura del trabajo por el bien común.

Existe un período de la historia que, sobre todo en Europa, puede con toda justicia denominarse la Era de la Democracia Cristiana. Se extiende a lo largo de un cuarto de siglo, el que transcurre entre 1945, en que la II Guerra Mundial finaliza, y los democristianos acceden a las tareas de

gobierno en todos los Estados democráticos del continente, con la sola excepción de Gran Bretaña. Y finaliza en 1969, cuando por primera vez en dos decenios abandonan las tareas de gobierno en la República Federal de Alemania después de, eso sí, triunfar por sexta vez consecutiva en unas elecciones legislativas, y aproximarse a escasos ocho escaños de la mayoría absoluta.

En el mismo período, la Democracia Cristiana se impuso, además en todas las elecciones legislativas celebradas en Italia, gobernó ininterrumpidamente en Francia entre 1944 y 1958, y continuó en los gobiernos de la V República hasta 1962, en Austria entre 1945 y 1970, y fue hegemónica en los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo. Se consolidó como un opción popular y de masas, y al mismo tiempo como una opción caracterizada por su eficacia en las tareas de gobierno, la cualificación de sus equipos, la capacidad de liderazgo y de interlocución en el plano interno e internacional, y la firmeza en el combate contra un totalitarismo cuyos tanques habrían de amenazar a la Europa libre durante casi medio siglo.

Considerados en su conjunto, los resultados electorales de los socialcristianos conformaron la serie sucesiva de éxitos más amplia, en el espacio y en el tiempo, de la contemporánea historia democrática. En Italia, tras la espectacular victoria de 1948, el respaldo electoral de la DC descendió en 1953 bruscamente, del 48.5% al 40.1%, un respaldo casi suficiente como para duplicar al PCI (22.6%) y multiplicar por cuatro al PSI (12.7%). Entre 1958 y 1979, los votantes de la DC oscilaron entre el 42.4% de 1958 y el 38.3% de 1963 y 1979. La diferencia con el PCI superó holgadamente los diez puntos, excepto en 1976 (38.7% contra 34.4%) y 1979 (38.3% contra 30.4%) La DC no abandonó nunca las responsabilidades de gobierno durante este período, en el que se sucedieron Pella, Fanfani, Scelba, Segni, Zoli, de nuevo Fanfani, de nuevo Segni, Tambroni-Armaroli, otra vez Fanfani y Leone entre 1953 y 1963. El “gobierno largo” de Aldo Moro, entre 1963 y 1968, lideró un período de estabilidad institucional sin precedentes desde el gran Alcide de Gasperi.

Los resultados de Bélgica se abonaron a un escenario similar. A partir de 1946 no es que los socialcristianos se impusieran siempre en las elecciones, sino que los socialistas sólo se acercaron a menos de tres puntos de la victoria en 1954 (41.1% contra 38.5%) y en 1971 (30.0% contra 27.3%). En 1950 y 1958, el resultado de los socialcristianos superó ampliamente el 47 y el 46% respectivamente. En 1976

todavía se aproximaba al 36%. Sólo en 1954, a pesar de ganar holgadamente las elecciones, una coalición de socialistas y liberales apartó a los socialcristianos del gobierno hasta que, en 1958, su 46.5% aventajó en casi diez puntos al 37% de los socialistas, y casi en treinta y cinco al 12% de los liberales. Obtener semejantes resultados, frente a líderes socialistas tan extraordinarios como Paul-Henri Spaak, encierra un mérito extraordinario.

De esta forma, y con excepción de los efímeros gabinetes de socialistas en solitario, o de socialistas, comunistas y liberales que, durante un año, apartaron de las tareas de gobierno a los social-cristianos hegemónicos, la Democracia Cristiana habría de participar ininterrumpidamente en todos los gobiernos formados entre 1947 y 1977. Las figuras de Gaston Eyskens, primer ministro entre 1949 y 1950, 1958 y 1961, y 1968 y 1973, de Paul Van Zeeland, ministro de Asuntos Exteriores entre 1949 y 1954, y de Pierre Charles Harmel, que habría de desempeñar la misma cartera entre 1966 y 1973, testimonian la fortaleza del proyecto social-cristiano en una de las más sólidas democracias de la Europa posterior a la II Guerra Mundial.

En los Países Bajos, tras perder las elecciones de 1952 frente a los socialistas por tres décimas (29.0% contra 28.7%), y las de 1956 por un punto (32.7% contra 31.7%), los populares del KVP se impusieron en las elecciones celebradas en 1959, 1963 y 1967, y con márgenes cada vez más amplios, hasta ceder la hegemonía electoral en 1971.

El recuerdo de primeros ministros como Louis Jozef María Bell, en el cargo entre 1946 y 1948, y entre 1958 y 1959, y de Jan Eduard de Quay, que asumiría la responsabilidad entre 1959 y de 1963, y de Victor Gérard Marie Marijnen y Jo Cals, quienes se sucedieron entre 1963 y 1966, se une al de ministros de Asuntos Exteriores tan emblemáticos como Joseph Luns, ininterrumpidamente en el cargo entre 1956 y 1971, después secretario general de la Alianza Atlántica.

En Luxemburgo, el primer ministro social-cristiano Pierre Dupong era sucedido en 1953, tras dieciséis años de ejercicio ininterrumpido, por Joseph Bech, ministro de Asuntos Exteriores entre 1926 y 1959, desempeño conjunto con el de primer ministro entre 1953 y 1958. A partir de 1959, y hasta 1974, la responsabilidad la desempeñaría Pierre Werner, padre del Sistema Monetario Europeo, ministro también de Asuntos Exteriores entre 1964 y 1967.

En Alemania, la hegemonía electoral no se quebró hasta 1972, cuando la CDU-CSU fue derrotada por vez primera en casi un cuarto de siglo por los socialdemócratas. La serie de victorias sucesivas a las primeras elecciones federales habría de deparar resultados extraordinarios, sin precedentes ni consecuentes históricos por su contundencia, por su nitidez, por su carácter masivo. Traducido a escaños en el *Bundestag*, los porcentajes se incrementan a un 54.3% en 1957, un 48.5% en 1961, un 49.4 en 1965, un 48.8% en 1969, un 45.4 en 1972, y un 49.0% en 1976. En su conjunto, y considerando una trayectoria de casi tres decenios, son los mejores resultados electorales de la historia continental.

En Austria, en los últimos días de abril de 1945 el veterano socialdemócrata Karl Renner se convirtió en jefe de gobierno provisional y, posteriormente, en presidente de la República, dignidad que habría de ocupar hasta su muerte, en las últimas horas del año 1950. El 20 de diciembre de 1945 fue sucedido en la cancillería por Leopold Figl, a su vez reemplazado en 1953 por Julius Raab, éste por Alfons Gorbach en 1961 y, finalmente, Josef Klaus sucedió a Gorbach el 2 de abril de 1964, no abandonando las tareas de gobierno hasta la victoria del SPÖ de Bruno Kreisky en las históricas elecciones legislativas de 1970. La ÖVP se convirtió, durante un cuarto de siglo que contempló la emergencia de la nueva Austria republicana, federal y neutral, en la clave de bóveda del sistema político.

Incluso en Francia, tras el abrupto descenso electoral padecido por el MRP en 1951, cuando su voto se hundió desde el 26.3% de noviembre de 1946 al 12.5%, como consecuencia de la irrupción electoral del *gaullismo*, la presencia electoral democristiana habría de permanecer constante durante más de veinte años, sobreviviendo al tránsito de la IV a la V República. El MRP descendió levemente al 11.1% en 1956, se recuperó en 1958, alcanzando el 11.7%, y sobrevivió al vendaval electoral de 1962, cuando por primera vez desde las elecciones de 1945 una fuerza política, la *gaullista* UNR, superó el 30% del respaldo electoral, reduciendo al MRP a un 9.1%. Disuelto el partido de Bidault y Schuman, los democristianos se agruparon en torno al Centro Democrático liderado por Jean Lecanuet, y su apoyo en las elecciones legislativas de 1967 se incrementó hasta el 12.6% el mejor resultado desde 1946, manteniendo un 10.3% en 1968.

El ideario democristiano se formó y se consolidó sobre la conciencia del carácter permanente del incruento combate democrático, y de la per-

manente necesidad de actualización y renovación del civilizador mensaje intemporal del Estado de Derecho. Los cursos de formación en los que participaba Giorgio La Pira deparaban, al final de este brillante cuarto de siglo, en 1970, el testimonio de la necesidad de implantar en el mundo los valores cristianos, y hacerlo de manera concreta, tomando a cada ser humano como un receptor único e irrepetible del mensaje, como premisa necesaria de la reafirmación del compromiso con la cultura democrática. Eran cursos que pretendían dedicar una atención especial a los más jóvenes, los mismos que comenzaban a separarse de la propuesta democristiana, como una figura tan sensible y experimentada como Giorgio La Pira comenzaba ya a advertir.¹

Pero la hegemonía democristiana, en un contexto democrático y pluralista, habría de levantarse sobre la riquísima presencia de una cultura humanista cristiana, crítica, reflexiva desde el análisis, no complaciente con las formas institucionales, pero siempre positiva y propositiva, que se encuentra en el substrato de identidad de movimientos cinematográficos tan relevantes como el neorrealismo italiano, y emerge de películas como *Roma, ciudad abierta* (1945), o *Strómboli, tierra de Dios* (1949), de Roberto Rossellini, pero también de *Ladrón de bicicletas* (1947) o *Milagro en Milán* (1950), de Vittorio de Sica. Pero también del *Diario de un cura rural* (1952), de Robert Bresson. Y de *Diálogo de carmelitas* (1959), de Bruckberger y Agostini, con las monjas subiendo pacíficas y seguras al cadalso del fanatismo y de la intolerancia, cantando el *Veni Creator Spiritus* decididas a enfrentarse con la guillotina de la historia, sabedoras de que el acero implacable no habrá de tardar en quebrarse, y sucumbir al empuje incontenible de la conciencia libre.

Son los años de *El prisionero* (1955), de Peter Glenville, testimonio de la resistencia cristiana frente al totalitarismo, con Alec Guinness como actor protagonista, un actor que se convierte al catolicismo, impactado

1. “Un amor a Dios que no se confronte con un amor concreto por los hermanos es mentira y farsa. La nuestra debe ser una obra de sensibilización y de toma de conciencia para que los jóvenes, en gran parte pasivos y ausentes en la vida política y social, se comprometan a luchar activamente contra la explotación, el subdesarrollo, la pobreza y la guerra. Tenemos que construir la paz, la justicia social, y la libertad. No nos preocupa que esos jóvenes formen parte de un partido o de otro, sino que sepan discernir, moverse y participar” (citado en Tartaro 2005:20).

por la lectura de *Retorno a Brideshead* y muy influenciado por el propio Glenville (Guinness 1996:135, 1997:45, véase también Read 2003:272-273).² Y, en 1963, Otto Preminger regresa a Viena para dirigir *El cardenal*. Su protagonista, el padre bostoniano Stephen Fermoye, ordenado cardenal en los días previos al estallido de la II Guerra Mundial, no alberga la menor duda en cuanto al contenido de su mensaje final: “la defensa de la libertad requiere firmeza en las voces, en los corazones, y en la acción”.

Fred Zinnemann, un director católico y vienés, rueda en 1966 *Un hombre para la Eternidad*. Y dos años después, Michael Anderson afronta la polémica *Las sandalias del pescador*. Nunca la incardinación de la creatividad cultural en cuanto forma de aproximación al mensaje cristiano emancipador, inserta en una forma de expresión y de creación tan representativa de la civilización contemporánea como el cine, alcanzó una dimensión tan explícita. Creadores cristianos en el mundo, y creadores no cristianos que sin prejuicios y sin complejos se aproximan a la experiencia conmocionadora de la religión de los seguidores de Jesucristo (San Miguel Pérez 2003:113 y ss., también Villapalos y San Miguel 2002:49 y ss., y 2005:72 y ss.). Presencia auténtica, testimonio de valores y principios, lectura coherente de una realidad por definición insatisfactoria, y congruencia en el actuar. En un contexto plural. Sin afán dogmático, pero sin renuncia a los propios principios, sin disimulo en la propuesta, y sin fatiga en el seguimiento de Jesucristo.

Es también el tiempo de escritores como Graham Greene, Heinrich Böll, Paul Claudel, Georges Bernanos, François Mauriac, T. S. Eliot, John Tolkien, C. S. Lewis, Evelyn Waugh. Y de pensadores como Jacques Maritarin, Emmanuel Mounier, Emmanuel Levinas, Max Scheler, Denis de Rougemont, y después Jean Lacroix, Etienne Borne y Paul Ricoeur. Cristianos en el mundo, en el ámbito intelectual, en la escena creativa. Cristianos para la esperanza.

2. “...The clouds of incense have dispersed, together with many hidebound, blinkered and repressive attitudes, and we are left with social messages of an almost overwhelming progressiveness. The Church has proved she is not moribund. ‘All shall be well’, I feel, ‘and all manner of things shall be well’, so long as the God who is worshipped is the God of all ages, past and to come, and not the Idol of Modernity, so venerated by some of our bishops, priests and mini-skirted nuns” (Guinness 1996:135).

Es un tiempo que un actor católico italiano, el gran Alberto Sordi, habría de reconstruir con enorme lucidez, recordando la irrupción cálida y consecuente del testimonio cristiano, de religiosos y no religiosos, de la Iglesia peregrina, en la vida, en las inquietudes, y en las ilusiones de una generación de seres humanos como nunca abierta a la certeza de la fraternidad humana:

Cominciò la Chiesa, a rinnovarsi, inventando la nuova messa in italiano. Cominciarono le prime contestazioni, le folle che volevano la chiesa tradizionale e i beat che cominciavano a suonare la chitarra sugli altari. I preti, naturalmente quelli poveri, scoprivano un certo mondo, appannaggio sempre e soltanto della classe privilegiata, i monsignori che organizzavano la loro vita in case private... Così feci il prete povero, una specie di santo che scopre tutto un mondo esterno che ignorava e ingenuamente, siccome aveva tutti sistemati [...], quando il vescovo gli comunica che dovranno demolire la sua chiesa, e gli domanda dove vuole andare, lui risponde "allora vorrei andare in una grande città, dove ci sia bisogno di me, andare in una fabbrica a lavorare, queste cosa qua; e poi siccome sono tanto solo mi vorrei pure sposà"... E finisce questo ciclo (citado en Fofi 2005:127).

1945-1969. Un tiempo que constituye el fundamento, y la plasmación más brillante, de cuanto de positivo ha sucedido en Europa a lo largo de los pasados seis decenios. En una Europa que, en sus contornos occidentales, atraviesa el más prolongado período de paz de su historia desde la crisis del Bajo Imperio Romano. Una Europa que ha avanzado decisivamente hacia su integración política y económica. Una Europa democrática, que ha superado el autoritarismo y el totalitarismo. Una Europa institucionalmente estable, regida por los principios de mérito y de capacidad, que garantiza el acceso de sus ciudadanos a una educación y una asistencia sanitarias gratuitas y de calidad. Una Europa en donde se reconocen, garantizan y tutelan el más amplio abanico de derechos y libertades de su historia.

Una Europa de la creatividad, de la investigación, del pensamiento libre, del pluralismo profundo, del debate, de las interrogantes profundas, del ejercicio responsable y austero de las tareas de gobierno, de la

pugna infatigable con el totalitarismo y de la reafirmación de la certeza democrática, y la significación civilizadora del Estado de Derecho. De afirmación de cuanto une a los demócratas, siempre infinitamente más de cuanto eventualmente puede distanciarles. De trabajo compartido y fecundo.

La Democracia Cristiana, además, acertó a consolidar un estilo, una estrategia, una convicción, y un espacio. El estilo de la austeridad, de la sencillez. Konrad Adenauer, a menudo criticado por sus adversarios como un hombre de ideas simples, empeñado en reducir a presupuestos fácilmente inteligibles las cuestiones más complejas, no sólo no renegaba de lo simple, sino que consideraba virtud del político, y sin duda su mejor virtud, la capacidad de someter a la razón y al sentido común aquello que parecía ininteligible. De hacer sencillo y esperanzador lo desalentador por presuntamente ignoto. Probablemente ese fue también el mérito de la Democracia Cristiana, ajena a la afectación, al impulso mayestático, al delirio de grandeza del poder.

Es cierto que algunos intelectuales católicos, como Evelyn Waugh, contemplaron con un cierto estoicismo, entre humorístico y distante, la transformación de la vida, de la dulzura de la tarde detenida, de la belleza de un tiempo para la introspección y para la soledad. El novelista inglés atribuía buena parte de la responsabilidad en este proceso a los políticos.³ Pero esa transformación significó la apertura de un vastísimo proceso de distribución de la riqueza, de creación de nuevas oportunidades, de reconocimiento al esfuerzo, a la exigencia, al afán de excelencia. De circulación social, de promoción de las legítimas expectativas de los segmentos históricamente más desfavorecidos de la población.

3. "...En aquellos tiempos, los políticos tenían mucho que decir acerca de la Libertad. Predicaban -pocos lo recordarán ahora- y garantizaban a todo el mundo la Libertad, a salvo del miedo. ¿Garantizaron también la libertad religiosa? Creo recordar que si...

Después, cuando terminó la guerra, los políticos hicieron todo lo posible por retenernos en sus redes; pero yo logré escabullirme con regularidad...

Encontrar un lugar de retiro es mucho más difícil que hace treinta años. El turismo y la política lo han estropeado todo. Y los cincuenta y cinco años no es tampoco la edad mejor para viajar, uno es demasiado viejo para la selva y demasiado joven para los balnearios, y tiene que buscar su distracción en el espectáculo de otros hombres que trabajan y viven de un modo completamente distinto al de uno mismo" (Waugh 1970:11-13).

La concepción de la política como un espacio para la tristeza, para la confrontación, para el triunfo a través del enfrentamiento, para la afirmación de la diferencia, quedó saludablemente herida de muerte para siempre. No existe ningún signo tan revelador de la contribución de un discurso político a la estabilidad del sistema democrático como su adopción por los restantes discursos políticos y partidarios. Y, en el caso de la Democracia Cristiana, la praxis de la concertación y la creencia en la concordia, en el diálogo, en la fraternidad social, forman ya parte de la propuesta de todas las formaciones partidarias democráticas.

Incluso en momentos tan difíciles como la Francia de la V República, en donde el MRP se disolvía en 1964, sometido además a la *damnatio memoriae* por el presidente De Gaulle, implacable, la candidatura de Jean Lecanuet en las elecciones presidenciales de 1965 determinaría el comienzo del fin de un régimen dotado, desde sus orígenes, de un nítido perfil caudillista. El 15.9% de los votos obtenidos por el siempre recordado político francés, hoy camino de la beatificación, al frente del *Centre Démocratique*, no sólo obligó a De Gaulle a acudir a una segunda vuelta, y debilitó extraordinariamente su reelección, sino que reafirmó la existencia de una identidad política y un espacio electoral propios para un Humanismo Cristiano que no sólo no renunciaba a sus señas distintivas, sino que se apoyaba en una significativa porción del electorado que se negaba a regresar a las trincheras de la permanente confrontación (Crozier 1973:594-595).

Un tiempo para cristianos que no sólo no recelan del futuro, sino que reclaman el itinerario de progreso que conduce hacia el horizonte de la política y de la historia como un itinerario en el que se reconoce un pueblo siempre peregrino. En 1968 el Padre José María Llanos, antiguo capellán del madrileño Colegio Mayor Santa María del Campo, después Colegio Mayor Diego de Covarrubias, que se radicó en el Pozo del Tío Raimundo para desarrollar una portentosa tarea social, reclamaba la profesión de confianza en el progreso humano como un signo explícito de la Palabra revelada, de la Verdad. Sobre esa Verdad que es Camino, forzoso resultaba desarrollar una perspectiva antropológicamente optimista, que no ingenua:

...el progreso es índice de Dios y ninguno de los que en Él creen pueden dejar de creer en su signo... Creer en el verdadero camino es aceptar este progreso...

Creer en el progreso es superar tanto el tradicionalismo a ultranza como el pesimismo romántico, creer en el progreso como una voz de Dios es interpretar la fidelidad a la tradición como un punto de partida y las miserias y las torpezas de los hombres como vallas que saltar hacia adelante. Alguien diría entonces que el cristiano es un optimista, pero no es exactamente así, el hombre del optimismo suele vivir bajo el engaño de que el color de rosa es el del futuro asegurado y sueña, el hombre de la fe en Dios, Creador de todas las cosas y Guía fundamental de esta vida, cuenta con el fracaso, mira de frente a los hombres y sus caídas [...] e interpreta el progreso no como salida feliz y sonriente de la existencia. El progreso es siempre posible...

El cristiano cree en el progreso y progresa, hace progresar la Palabra luminosa de Dios, objetivamente inmutable, subjetivamente cada día mejor conocida. El progreso cristiano va sin duda unido al progreso de este conocimiento de la Palabra revelada. el Libro de la fe es como una selva misteriosa todavía a medio explorar, a medio conocer por los pocos que ingresando en él progresan luminosamente. El cristiano así, de esta manera y según adquiere más luz, más se ciñe a la Verdad, más la aplica en la existencia, más y mejor la extiende y la propaga. Su progreso es fecundo y provechoso, debe serlo (Llanos Pastor 1968:153-154).⁴

4. "Respeto del cristiano a la sociedad, a su núcleo y médula que es el llamado bien común, sensibilidad despierta ante su caso de él y sus problemas continuos. El respeto a los hombres en la práctica se identifica con la atención y la subordinación, la cooperación y la vivencia de este bien, ora concreto, ora difuso, que debe presidir toda la marcha de la convivencia humana. El cristiano auténtico no se margina, sino precisamente porque profesa una fe en la encarnación del Verbo, se encarna él más y más en la difícil empresa y cometido de hacer y respetar, desarrollar y vivir este bien que une y subordina a los hombres todos camino siempre a una meta total de perfecta armonía. Entonces el cristiano por impulso de fe se mete más en esta carne densa de los hombres que decimos sociedad, esbozo lejano del Reino, y trabaja, suda y vive, goza y carga con el bien común de sus hermanos. El respeto, pues, a la sociedad, no es contemplativo, sencillamente porque la sociedad no es una empresa, una carrera, una llamada" (Llanos Pastor 1968:146).

Cuando se considera que fue una Europa materialmente arruinada, moralmente abrumada por el recuerdo de la contienda, por tanto dolor, tanto padecimiento, y también tanta mala conciencia, la que otorgaba su respaldo mayoritario, en ocasiones masivo, a la Democracia Cristiana, se hace inevitable pensar si acaso no forma parte esencial de este portentoso cuarto de siglo la convivencia con el dolor y con la privación. Si acaso no resulta imprescindible la conciencia de la humana finitud, y del humano sufrimiento, para completar la suprema experiencia de la vida. Si acaso no merece la pena recordar, cada día, que un día abandonaremos este mundo, y que nuestro reencuentro definitivo con nuestro Padre y Creador sólo se producirá a través de la última de las vivencias, que es la muerte. Cuando en 1948 Cesare Zavattini redactó el guión de *Ladrones de bicicletas* para Vittorio de Sica, incluyó una célebre, memorable oración de los pobres romanos, y de aquellos que disfrutando de bienestar material, sólo accederán a la verdadera profesión de fe cristiana si aciertan a practicar eficazmente la caridad, y convierten la lucha contra la pobreza y la marginación en el más imperioso de todos sus deberes:

Quiero salir de este santo lugar con el alma purificada y el espíritu sereno. Iluminado, regreso a mi pobreza corporal para recorrer de nuevo los caminos del dolor y de la privación. Ya no me sentiré solo y sin consuelo, porque llevo tu gracia, Señor, oh Señor, y presto estoy a enfrentar todas las penalidades. Te agradezco, Jesús mío, los dones espirituales que me has dispensado. Te agradezco la gracia que mi cuerpo va a recibir, en nombre tuyo y con exaltada humildad, de manos de aquéllos que creen firmemente que cada acción en contra de la miseria y de la pobreza es como una caricia y un beso sobre la mejilla de Cristo en bien de la doliente humanidad. Regrésales en bendiciones, a ellos y a sus familias, toda la bondad de su caridad. ¡Así sea! (Zavattini 1977:86).

Tiempos de pobreza corporal, en efecto, de terribles penalidades. Tiempos también de valores profundos, de nuda existencia, de conocimiento y exploración del sentido último de la vida, de lectura de la realidad, de aproximación a los signos de los tiempos, con humildad, con caridad, con sentido fraterno. Por eso la Democracia Cristiana fue y debe ser grande y anchurosa: porque cada ser humano concreto, con sus pro-

blemas, con sus inquietudes, con su angustia tantas veces extrema, constituye una prioridad. Porque esa DC fue la fuerza que se ocupó, verdaderamente, de combatir contra la miseria, contra la pobreza, contra la injusticia, contra el dolor, contra el olvido.

En 1952 Giorgio La Pira, finalizado el período constituyente, y entregado a la política municipal en Florencia, publicó su pequeño opúsculo “Los pobres aguardan” (en español publicado dentro de *Para una arquitectura cristiana del Estado*). Su posición respecto al perenne escándalo de la pobreza, en cuanto servidor público y, sobre todo, en cuanto cristiano, no podía resultar más inequívoca. La obligación primera y esencial de todo gobierno democrático no era ni más ni menos que acabar con la pobreza, y acabar con la pobreza creando empleo para todos los ciudadanos. Y hacerlo sabiendo que ello no sólo transformaría la vida de los más necesitados, sino que cambiaría para siempre al conjunto de los integrantes de la comunidad, partícipes de un esfuerzo de humanización de la sociedad que prefiguraría, de verdad, la creación de una sociedad cristiana:

¿Qué aguardan los pobres, los desocupados, los necesitados? La respuesta es clara: un gobierno que tenga un objetivo en cierto modo único: *la lucha orgánica contra la desocupación y la miseria* y que se organice en función de ese mismo adjetivo. Es decir, un gobierno que tienda necesariamente, mediante la aplicación de todos los instrumentos técnicos, financieros, económicos y políticos adecuados, hacia la máxima ocupación y el pleno empleo.

Los pobres tenían y tienen otra esperanza con respecto al gobierno... el “pleno empleo” es el imperativo categórico y fundamental para un gobierno consciente de los nuevos objetivos confiados a los estados modernos.

Pero querer seriamente la máxima ocupación... significa aceptar algunas premisas...

En primer lugar, una premisa puramente cristiana.. Es en vano que un gobierno hable del valor de la persona humana y de la civilización cristiana, si no se lanza a una lucha orgánica con el fin de exterminar la desocupación y la necesidad, que son los enemigos más temibles para la persona.

La prueba inequívoca de la presencia de Cristo en un alma y en una sociedad ha sido definida por el mismo Cristo. *Está constituida por*

una “propensión íntima” y eficaz de esa alma y de esa sociedad hacia los necesitados.

¿Hay desocupados? Es necesario ocuparlos. La parábola de los obreros de la viña es bien clara al respecto. Todos los desocupados que en las distintas horas del día permanecían en las plazas en un ocio obligado por falta de trabajo, fueron ocupados. Es un ejemplo característico de “pleno empleo”; ninguno quedó sin trabajo (Mt. 20, 7).

¿Hay necesitados? ¿Hambrientos? ¿Sedientos? ¿Sin techo? ¿Desnudos? ¿Enfermos? ¿Presos? es necesario tenderles con eficacia el corazón y la mano (Mt. 25, 31-46)...

Y no se trata solamente, como a menudo se cree, de actos de caridad confinados al radio de acción de los individuos, es decir, de un compromiso de amor que alcanza sólo a las personas, *sino de un compromiso que partiendo de los individuos alcanza a toda la estructura y a la finalidad esencial del cuerpo social.*

Construir una sociedad cristiana significa construirla de manera que garantice a todos el trabajo, fundamento de la vida y junto con él un mínimo de ingresos necesarios para el “pan cotidiano”, es decir para la comida, casa, ropa, combustible, medicamentos para sí y para la familia. Sólo así se puede realizar el fin que Santo Tomás asigna a una sociedad cristiana: garantizar a todos la posibilidad de un “reposo” restaurador de oración que es el acto que sigue al trabajo y que constituye la acción última, la más delicada, pacificadora y gozosa de la persona (La Pira 1956:258-263, énfasis en el original).⁵

Transcurrido más de medio siglo, el mensaje del *santo sindaco* de Florencia, del hombre cuyo testimonio público en cuanto católico constituye un ejemplo de santidad a través de la política, sobrevive la grandeza de un tiempo sin precedentes, porque sobrevive la memoria de sus protagonistas. De personajes como Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi

5. “Los hombres de gobierno deben grabar en su mente este principio como guía de su acción política, jurídica, económica, financiera; *asegurar para todos el trabajo y el pan cotidiano.* Todo el edificio de la economía, de las finanzas, de la política, de la cultura, debe ser construido sobre estos objetivos primeros, elementales, impostergables. La libertad misma, desahogo de la persona, en cierto modo se ve precedida y condicionada por estas exigencias primordiales de trabajo y de pan” (La Pira 1956:258-263, énfasis en el original).

y Robert Schuman, hoy evocados con legendarias resonancias, casi artúricas, certezas perennes de que otra política es posible. Porque fueron líderes que se entregaron a la superación de la guerra y del belicismo, del absolutismo estatal, del atropello de los derechos y libertades fundamentales, de la injusticia, la insolidaridad, la ausencia de oportunidades, la lenidad en el reconocimiento de méritos y capacidades.

De seres humanos que crearon las condiciones objetivas necesarias para la definitiva consolidación del Estado de Derecho, y se comportaron con austeridad, con honestidad, y con sentido fraterno. Las instituciones democráticas, la política, y la propia existencia, adquirieron así una dignidad sin precedentes. El mensaje del Humanismo Cristiano, además, no se circunscribió al ámbito partidario social-cristiano, sino que su influencia comenzó a penetrar en otros segmentos de pensamiento y de acción política, en otros escenarios geopolíticos, y en otras tradiciones partidarias. Impregnó, de una u otra forma, la actividad pública del mundo democrático desde entonces. Y, por ese mismo motivo, la política no pudo ya ser la misma desde entonces.

REFERENCIAS

- CROZIER, Brian. 1973. *De Gaulle II. The Statesman*. Paris: Eyre-Methuen.
- FOFI, Goffredo. 2005. *Alberto Sordi. L'Italia in bianco e nero*. Milano: Mondadori.
- GUINNESS, Alec. 1996. *My Name Escapes Me. The diary of a retiring actor*. London: Penguin Books.
- GUINNESS, Alec. 1997. *Blessings in Disguise*. London: Penguin Books.
- JUAN PABLO II. 1991. *Carta Encíclica Centesimus Annus del Sumo Pontífice Juan Pablo II a sus hermanos en el episcopado, al clero, a las familias religiosas, a los fieles de la Iglesia Católica, y a todos los hombres de buena voluntad en el centenario de la Rerum Novarum*. Disponible en: http://www.vatican.va/edocs/ESL0081/_INDEX.HTM.
- LA PIRA, Giorgio. 1956. *Para una arquitectura cristiana del Estado*. Buenos Aires: Editorial Heroica.
- LLANOS PASTOR, José María de. 1968. *Ser católico y obrar como tal*. Bilbao: Mensajero, Colección Catolicismo Secular, vol. 10.

- READ, Piers Paul. 2003. *Alec Guinness. The authorised biography*. London: Simon & Schuster.
- SAN MIGUEL PÉREZ, Enrique. 2003. *Historia, Derecho y Cine*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- TARTARO, G. 2005. "Giorgio La Pira, ciudadano del mundo". En: *Criterio*, febrero. 2005, no. 2301, pp. 18-22.
- VILLAPALOS, Gustavo y Enrique SAN MIGUEL PÉREZ. 2002. *Cine para creer*. Barcelona: Planeta.
- VILLAPALOS, Gustavo y Enrique SAN MIGUEL PÉREZ. 2005. *Enseñanzas de cine*. Madrid: Voz de Papel.
- WAUGH, Evelyn. 1970. *Un turista en África*. Barcelona: Plaza y Janés.
- ZAVATTINI, Cesare. 1977. *Ladrones de bicicletas*. México DF: Ediciones Era.

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ es Doctor en Historia por la Universidad de Cantabria y Doctor en Derecho por la Universidad Rey Juan Carlos, en donde ejerce como Profesor Titular de Historia del Derecho. Ha sido becario de investigación o profesor en diversas universidades europeas (Cantabria, Complutense de Madrid, Edimburgo, Burdeos III, Hamburgo, París XII-Val de Marne) y americanas (Anáhuac del Sur, de México DF).